La verdad y el recibo

Esta es la verdad.

No una verdad vestida de traje y corbata, de esas que llegan a la televisión acompañadas de música grave. La mía es una verdad con los zapatos gastados, el aliento corto y una carta apretada en la mano. Una verdad que ha caminado por calles normales, dentro de sobres normales, entre sellos, direcciones y ventanillas cerradas.

La carta fue entregada al Papa.

Y aquí no hace falta añadir nada más, salvo la prueba. El acuse de recibo está ahí, silencioso y preciso, como están las cosas que no necesitan gritar. Dice que la carta llegó. Dice que alguien la recibió. Dice que, desde ese momento, nadie puede fingir que nunca fue enviada.

El recibo no es solamente un trozo de papel. Es una pequeña sentencia contra la indiferencia. Es el documento que separa la duda de la realidad. Antes había una carta. Después hay una carta que llegó a su destino.

Por eso se lo muestro al mundo.

No por vanidad. No para hacer ruido. No para convertir un gesto en una medalla. Lo muestro porque ciertas verdades, si se quedan encerradas en un cajón, se vuelven casi mentiras. Y no quiero que esta historia la cuenten otros, deformada, reducida a un rumor de paso o a una rareza que olvidar.

La carta partió de mí, pero ya no me pertenece solo a mí. Ha atravesado la distancia, ha alcanzado a su destinatario y ha dejado una huella. Una huella concreta, verificable, imposible de borrar encogiéndose de hombros.

Que el mundo sepa, pues, que escribí.

Que el mundo sepa que la carta fue entregada.

Que el mundo sepa que, algunas veces, la verdad no llega con fanfarrias. Llega dentro de un sobre. Llama despacio. Queda registrada por un recibo. Y después permanece ahí, ante los ojos de todos, esperando que alguien

tenga el valor de leerla.

Esta es mi notificación al mundo: la carta al Papa fue entregada. Y con ella llegó también la responsabilidad de no fingir que no ha pasado nada.

El recibo habla poco.

Pero lo dice todo.

Ferdinando